

**DIRECTORA:**  
SARA CASAL Vda. DE QUIROS  
Apartado 1239  
Teléfono 3707  
OFICINA mi casa de  
habitación  
BARRIO: La California  
Av. 1ª Calles 27-29

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica  
dendeida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 7 de Mayo 1944

No. 595



VIOLETA LIZANO VARGAS

¡Cuántas ilusiones tenían sus amorosos padres con su querida hijita!  
Pero la Santísima Virgen se la llevó porque la quería tener con Ella en este  
bello mes de las flores de mayo, para que aumentara el número de Angeles  
que le alaban. Y suplicamos a la Virgen dé mucho consuelo y resignación  
a sus afligidos padres don Víctor Lizano y doña Clemencia Vargas de Liza-  
no, y nosotros nos unimos a ellos en su gran dolor. Rogamos enviar mu-  
chas oraciones por el eterno descanso del alma de Violeta.



## Carta interesante a la que debemos anteponer nuestra manera de pensar

Publicamos la siguiente carta con el objeto de que se lea y la haga leer a sus amigos. Son los gemidos de una alma extraviada por tanto sufrir, como existen muchas otras, que sufren las tristes consecuencias de las veleidades del hombre que no reflexiona cuando se trata de satisfacer sus pasiones. Si en el corazón del hombre existen buenos sentimientos y su cerebro es capaz de alguna reflexión, el hombre piensa en sus hijos antes que satisfacer cualquier capricho. Un buen padre se sacrifica por la felicidad de sus hijos, piensa que no tiene derecho a destruir la felicidad de ellos. Pero si no hay buenos sentimientos en su corazón todo está perdido y el porvenir de los hijos queda al garate si una buena formación religiosa no sostiene a la madre abandonada.

La carta escrita es de un alma desesperada de tanto sufrir, que no siente ningún apoyo espiritual, en ella se comprende que sufre sola, que para ella no existe Dios, y por consiguiente ninguna esperanza en la plegaria que se eleva y llega al corazón de Dios y lo conmueve y con su poder infinito puede hacer el milagro de llevar luz al esposo en los momentos en que más lo necesita. Una es-

posa cristiana, con una fe bien cimentada jamás piensa en serle infiel a su esposo, en ningún caso, por desesperada que esté, ella sabe que las cruces que Dios envía se deben llevar heroicamente, con paciencia y que es la plegaria la que sostiene en los momentos más difíciles. Un buen confesor, un buen director espiritual, una buena amiga, inteligente, prudente y piadosa, puede aconsejar en momentos de prueba y la Sagrada Comunión es lo esencial, es la fuerza del débil, es el amor en las pruebas, es la que sostiene y con Ella todo se tiene y se alcanza,

Publicamos esta carta para que se conozca el estado de un alma desesperada que lucha sola y como ella hay muchas otras que sin Dios pueden llegar hasta cometer faltas que no se borran jamás y que son la deshonra de toda la vida.

Esta alma tiene reflexiones muy bellas, se nota en ella que tiene un corazón recto, honrado, pero el dolor la hace vacilar y entonces la invaden pensamientos que una esposa cristiana jamás debe permitir.

Sara Casal Vda. de Quirós.

## Demasiado tarde

Aquella noche Eugenio Barros había regresado a su casa más temprano que de costumbre. Desde que su mujer ya cansada de sufrirle y autorizada por las leyes abandonó el hogar, él no sabía que hacer de su voluntad, que comenzaba a hacerse insostenible.

Hastiado y taciturno recorrió las desiertas habitaciones que ya no llenaban con sus risas sus hijitos y, sin saber a ciencia cierta qué hacer, fue abriendo uno a uno los cajones de su escritorio, ahora siempre cubierto de polvo, buscando cómo pasar aquellas

horas interminables.

Sus ojos tropezaron con un viejo cuaderno negro todo lleno con la letra menuda de su mujer. Lo abrió al azar y leyó:

"¿Cómo es que no comprendes o no quieres comprender, Eugenio, que desde nuestro último gran disgusto ya no soy la misma? Por momentos pienso que la verdad es que no te importo, pues es imposible que no notes que ya no soy tan severa para juzgar las cosas, que me mantengo como apartada de ti, que parezco no quererte, que llevo la tristeza dentro de mí y



no quiero demostrarlo, que ya no río nunca, que jamás brota de mis labios para ti una palabra cariñosa, que jamás he vuelto a besarte sin que me lo pidieras.

"Tengo la impresión de que soy como una sonámbula o un alma en pena. Tú, como ya no tienes tiempo para mí, es probable que no lo hayas notado todavía, ¡Qué distinta estoy! He abandonado mis bordados, mis libros, mis cuadros, y hasta un poquito el arreglo de mis niños. He perdido mi sonrisa, mis ojos se han hundido entre sombras violáceas y ya no tienen aquel brillo propio de la alegría y de la juventud. Una desconfianza salvaje me anima contra ti y contra todo. Presiento la mentira tras todas las palabras, aun de las más francas. Me parece que si me dicen que eres malo es porque me odian, y si que eres bueno, porque les inspiro lástima.

"¡Quisiera sacudir de mis hombros el pesado fardo de mis dudas para tener siquiera una hora de alegría, una hora de luz!

"Pero esto ya es imposible, es querer tocar el cielo con la mano. Ha huido para siempre de mi alma la fe que tenía en ti. La atmósfera se hace pesada y asfixiante a mi alrededor; presiento que la tormenta se avecina y casi deseo que estalle de una vez.

"Todo en mí es inquietud; siento como si mis nervios fueran a hacerse trizas. Me hallo tan desamparada, tan infeliz, que mi sed de ternura se desborda en los besos ruidosos que les doy a mis chiquillos, o en la mirada adoradora con que lo miro cuando "él" no me ve. La crisis por la cual atraviesa mi alma es agudísima y me temo que me haga precipitar los hechos que tarde o temprano tendrán que suceder. Hasta mis niños, con lo pequeños que son, han notado en mí una secreta angustia y quieren consolarme. Tú no lo has notado. ¡No tienes tiempo!

"Me sofoco en este ambiente de indiferencia y de hipocresía, mientras tú sólo preocupado de tus juergas, no has podido disponer de un solo segundo para ver que,

## CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:  
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

junto con mi ruina moral, vas arrojando al abismo nuestro hogar y preparando un porvenir de sombras para nuestros hijos.

"Ahora ya no creo en nadie: sé que toda la gente puede ser vil y que hasta los que amamos nos mienten.

"Mi juventud y mi corazón son como dos bestias enjauladas que se resisten a seguir viviendo prisioneras entre las redes de este horrendo drama íntimo, que es el mío. Mi dolor me hace extraña para todos. El puente que conducía hasta mi alma lo has roto. En cuantos me rodean veo enemigos y siento que ya nunca podré perdonarte en la vida el mal que me has hecho ni el que los demás me hagan, por la sencilla razón que he dejado de creer en tu sinceridad y en tu cariño. He envejecido muchos años en estos últimos días. Por lo único que me esmero es por vivir en paz. No quiero quererte ni quererle. Me digo que tú y él son como todos, que ninguno de los dos vale lo que la peor de nosotras.

"Y me propongo no sufrir más. Ya que no he logrado atrapar la felicidad, quiero al menos tener la tranquilidad y la indiferencia. Lucharé conmigo misma por dejar de amarte, y lo conseguiré.

"Pero, ¡ay!, comprendo que cuando lo logre, mi vida se habrá quedado en tinieblas y que ningún otro amor podrá volver a llenar el vacío que dejó el tuyo. Sombras y más sombras me envolverán y entre ellas seguiré vagando cual un alma de mujer coronada de azahares marchitos, cuyas manos



caerán con desaliento a lo largo del cuerpo, manos que ya no tienen nada que hacer en este mundo.

"Ciertamente es que están por medio mis hijos, como única tabla salvadora. Pero para ellos es de otra clase el amor. Es un amor purísimo como la luz. Este amor me hace dichosa; pero yo necesito también el tuyo. Necesito que otro ser a quien yo ame responda a los llamados de mi sangre.

"Mi carne, que en su aurora quiso ser carne de cilicio, pide ahora ser carne de pasión. Y voy a confesarte una cosa: más de una vez he tenido la vaguísima idea de probar otro amor, por desquite. Ahora pienso que mi mayor venganza es que no tengas tú nada de qué quejarte de mí. Quiero tener yo todas las quejas. Con esta decisión seré una mujer eternamente deseosa de caricias.

"¡Sufro tanto al pensar que no hayamos podido comprendernos!

"Dímelo. Eugenio, tú que dices conocer tanto la vida, tú que has pasado por tantas mujeres, cuéntame francamente si todas son como yo. Si para todos es un problema indescifrable el corazón como lo es para mí el mío.

"¿Te ha dicho alguna de ellas lo que yo acabo de decirte? ¿Has sido para alguna mujer el puente por el cual ha querido llegar hasta su marido? ¿Ha llorado alguna entre tus brazos por el amor de otro, para lograr que la quieras más tú?

"Sé que no me comprenderás nunca, puesto que hay veces en que ni yo misma

me comprendo. Pero tampoco yo he logrado entender cómo es que puedes posponerme por una mujer pública, por una mujer que ni física ni moralmente vale lo que yo. Me han alegado que ustedes, los hombres queriendo mucho a sus esposas van donde otras para divertirse. Convengo que sea esto una buena razón, según ustedes, pero si saben que esto hiere a un corazón que ama de verdad, y que ultraja la dignidad de la compañera de vuestras vidas, de la madre de vuestros hijos, ¿por qué lo hacen?

"¿Qué dirías tú, y qué pensarías, si una vez, una sola vez yo, por divertirme un rato, pasara aunque fueran cinco minutos entre tus amigos; que me provocaran, como a ti te provocan, y riéndome de tus celos arrastrara tu orgullo y tu nombre por el lodo? Figúrate que todo lo que tú sufrirías en esos cinco minutos yo lo estoy sufriendo constantemente desde hace dos años. Tú en mi lugar, te habrías convertido en la mujer de todos; yo he tenido la valentía de seguir siendo honrada a pesar de que soy joven, amo a otro y tú me ultrajas. Sabes demasiado bien que, de tanto ir el cántaro al agua, al fin se rompe. ¿No temes que un día me aburra de sufrir y sacuda el yugo de los deberes de esposa y de madre y te escupa el rostro la vergüenza de haberme abandonado y de haber dejado a tus hijos sin madre?

"No te figures que me han faltado ocasiones. Ni a la mujer más despreciable le

## Bettina de Holst Hijos

Se complace en ofrecer: Manteles estampados en colores firmes.  
Encajes valencianos y pasacintas. Gran variedad de flores para  
vestidos.



falta un corazón que la quiera; todo estriba en que ella se proponga encontrarlo. Yo sé que la mayoría de tus amigos, aun de los mismos que se divierten contigo, comentan entre ellos que no sabes apreciar a la mujer que tienes, y algunos hasta han osado decírtelo. Reconoce que con esto llevo ya bastante a favor mío.

"Es tan pública tu mala conducta, que el día que yo me fuera con otro, muchos me criticarían, es cierto, pero la mayor parte me hallaría toda la razón del mundo, aun entre los hombres mismos.

"Así como a ti te dicen que no te dejes dominar por tu mujer, que eso no es de "hombre", también a mí me han aconsejado que ya es tiempo que deje de tolerarte.

"Y así como yo he tenido el valor de no seguir aquellos malos consejos, siendo que me has humillado ante todos, porque no has sido lo bastante hombre para cumplir tus deberes conmigo, antes de obedecer estupideces de canallas y de hombres sin honor, mejor habrías demostrado tu hombría revelándote ante sus insinuaciones, que obediéndolas. Más hombría prueba someterse a la mujer que os ama, y a la que amáis, que a los compañeros de jarana.

"Ahora, si encuentras que tienes que alejarte de mí porque soy sosa en el amor y por consiguiente incapaz de hacerte experimentar todo el placer que lograrías con una mujer alegre, ¿por qué no me enseñas ese arte? Yo no puedo saber más de lo que tú has querido enseñarme. Nosotras, las casadas, somos como ustedes, los maridos, han querido hacernos y lo que nuestro instinto nos dice, que no es mucho.

"También la mujer, como el hombre, Eugenio, puede sentir a veces la necesidad de una caricia extraña, de un poquito de variedad, de decir como vosotros: "siempre lo mismo cansa"... También a noso-

tras reconocednos al menos el derecho de decir: "queremos mucho a nuestros maridos, pero no nos desagradaría recibir otros besos y saborear otras caricias".

"Así como a tí te puede gustar mi mejor amiga y, aprovechándote de nuestra intimidad, me engañarías, a mí puede gustarme tu amigo íntimo y ser él tan amable que al verme tan descontenta quiera poner un poco de alegría en mi vida.

"También nosotras, querido, si nos lo proponemos podemos tener nuestras aventuras con todo disimulo; pero somos más buenas que vosotros y, cuando queremos a un ser, no sólo velamos por su corazón y su cuerpo, queremos también no manchar su nombre ni herir su dignidad.

"No habiendo sido nunca realmente feliz a tu lado, no me explico cómo es que puedo seguir siendo buena, buena sin hipocresías estúpidas. Bien puede ser porque algo en mí lo exige o porque te he amado y aun te amo a pesar de que no me lo mereces. Quizá es porque sí, sencillamente, como dicen los niños. En fin, no quiero averiguarlo. Sólo sé que soy infeliz, que a veces ni quiero hacer nada por libertarme de este dolor que me corroe cual un ácido.

"Y sé también que si tú no vienes con tu ternura a sacarme de este marasmo, de esta anemia del alma, de esta neurastenia que me domina, me dejaré morir o te engañaré. Y entonces no podrás culpar a nadie de tu desgracia, sino a ti mismo".

Al llegar a estas líneas, Eugenio dejó de leer inconscientemente y el cuaderno cayó sobre sus rodillas sin que él lo advirtiera y, moviendo la cabeza, se dijo a sí mismo a media voz: "Tiene toda la razón. La culpa es solamente mía, mía, puesto que no quise escucharla nunca, cuando me quería dejar adivinar todo lo que sufría y pensaba".

P. G.

---

CONSIGANOS SUSCRITORES



## Cuide sus medias

Un par de medias en estos tiempos cuesta una suma equis, bastante elevada por lo general. Pero esto en la actualidad es una sola de las fases que presenta el problema del cuidado que las medias requieren; la otra es la escasez del producto que se notará más a medida que el tiempo transcurra. Las medias de seda natural escasean, en efecto, y su precio ha experimentado sucesivos e importantes aumentos. Lógico es entonces que la mujer se preocupe por la duración de los pares de que dispone o de aquellos que adquiere muchas veces a costa de reducción de gastos en otros renglones. Las medias hay que lavarlas en seguida de usadas, con objeto de que el sudor no perjudique el tejido.

Es de señalar también que en el lavado debe usarse un jabón de buena calidad, preservando la seda o cualquier otro hilado que entre en la confección de la media. El jabón en escamas es el mejor. Hay que disolverlo perfectamente en el agua de manera que no quede entera ninguna partícula. Se introducen entonces las medias en el líquido jabonoso y a continuación se las aclara con agua tibia.

Mientras se las tenga en el agua con jabón no hay que restregarlas, sino oprimirlas con las manos. Cuando ya estén limpias se procederá a enjuagarlas. Nunca hay que emplear agua fría ni en el lavado ni en el enjuague de las medias.

La mayoría de las dueñas de casa ponen las medias colgadas a secar. Y hacen mal. Está comprobado que se prolonga su duración colocándolas sobre una mesa, extendidas encima de una toalla, dejando así que sequen al aire libre. En caso de no haber otra solución que colgarlas, hágaselo por la parte del pie, donde el tejido es más resistente por ser doble. En algunas también el ribete superior es fuerte y puede servir.

No debe exponérselas nunca a los rayos

solares; su acción es perjudicial y afecta al tejido. Y guárdense de la tentación de colocarlas a la vera de un radiador para que sequen más rápido o de plancharlas, como a veces hay quienes lo hacen urgidas por el tiempo. Esto conspira abiertamente contra la vida de la media.

Para lavar las medias de algodón puede emplearse agua más caliente que si se tratase de medias de seda. Soportan las de algodón la exposición a los rayos solares, pero no se puede impedir que las decoloren. Quiere esto decir que algún daño siempre ha de ocasionarles dicha exposición. Resisten también su tejido un poco más de presión y aun es posible restregar estas medias, pero siempre con suavidad; de lo contrario se deteriorarían.

Estos interesantes consejos tienen una razón de ser y una base importante. Trátanse de sugerencias hechas por el departamento de investigación de la industria de la media de los Estados Unidos y son la resultante de ensayos y comprobaciones técnicas. Son consejos sólidamente fundados.

*Lion R. de Pelez*

La comida se digiere más rápidamente comiendo pan integral o tostado. Ambos reportan grandes beneficios al organismo, procurando un funcionamiento normal.

# SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

## TIENDA DE DON NARCISO



## NOVELA

“—*Oh, il bandito!* —exclamó con voz fuerte el hombre moreno.

“Iba sin duda a salvar mi perro—supongo que el San Bernardo” no necesitaba ayuda de nadie— cuando el Rapado, sin pronunciar palabra, puso fin a la lucha, con rapidez y agilidad sorprendentes. Cuando se enderezó con mi chucho entre los brazos, su rostro de niño cubriase de vivo perdón con la mirada.

“—¡Gracias, muchas gracias! *Merci, monsieur* —murmuré cogiendo a *Boy*.

“Sonrió el Rapado, haciéndome una inclinación de cabeza. ¿Sería mudo, o ignoraría el español y el francés? ¡Misterio!

“El hombre moreno estaba ya a mi lado, acariciando al perro con su mano enguantada.

“—Povrino! exclamó—. Muy lindo su perrito, señorita... Muy lindo y *molto* gracioso...

“Volviendo hacia su amigo, dijole en el mismo español, bastante correcto:

“—¡Bravo, Horst! ¡Acudió usted a tiempo!

“Entorpeció más aún el llamado Horst, repitiendo la reverencia.

“—¿Tiene alguna herida su lindo perro, señorita— inquirió el Solitario—. Yo desearía poseer los conocimientos medicinales de un Asclepi, o de una Agamedea ... para curar su perro, color almendra...

“—Gracias— dije riendo—. Es usted muy amable.

“El San Bernardo habíase aproximado a sus amos, que desde lejos me preguntaban por señas el estado de *Boy* Puse a éste en el suelo y, no bien lo hube hecho, salió disparando, gachas las orejas, hacia la puerta del hotel.

“Parada en el umbral y vestida con un precioso traje idéntico al mío, en la forma, pero azul en lugar de escarlata, hallábase Alicia, cuyos cabellos dorados emergían rebeldes de su lindo gorrito. Saludóme con la

mano en tanto que se dirigía hacia nosotros.

“—Su hermana escucharía los ladridos del perro—me dijo el Solitario.

“—No somos hermanas —observé—. Únicamente amigas... las mejores amigas del mundo.

“—Y las más bellas también —afirmó galante, más acariadores los ojos a la luz del día que la noche anterior en el comedor.

“Inclinando la cabeza en amable sonrisa le di las gracias.

“—Gaetano Stecheti —murmuró presentándose—. De nacionalidad italiana... Escritor dramático...

“Volviéndome hacía el hombrón mudo, cuyos ojos azules se fijaban en aquel instante en la alta y brillante silueta, que se acercaba, presentóle también.

“—El señor von Vogelsberg.

“Ya estaba Alicia a nuestro lado, muy linda y sonriente en su traje azul.

“—Mi amiga la señorita de Montarco— presenté—. Yo soy la señorita Nespral.

“—Muy bella la señorita de Montarco —afirmó el italiano—. Lindísima la señorita Nespral.

“Como usted verá, *ma chere amie*, la acogida que nos han otorgado ha sido bien amable. Diez minutos después aún no había pronunciado el alemán ni media palabra, pero sonreían sus ojos y su rostro de niño grande. Su hermana, la rubia muchacha de coloradas mejillas y ademanes bruscos, reunióse al grupo, saludándonos en correcto español y preguntándonos por *Boy*, sentado sobre sus patas en la puerta del hotel.

—¿Patinan ustedes? ¿Sí?— nos preguntó mostrándonos al reír unos magníficos dientes.

—Mi amiga Rosina lo hace bastante bien —respondió Alicia—. Yo, por mi parte... llevo seis años sin practicar, por lo que me figuro he de resultarles a Uds. una verdadera nulidad...



—Iris, la de las alas de oro, no podrá caerse —murmuró el romántico escritor.

Apenas le atendimos, por lo que tenía de sorprendente lo que en aquel momento acababa de ocurrir. ¡Von Vogelsberg, alias el Rapado, pronunciaba al fin las primeras palabras con tan sonora voz que a él mismo debió intimidar!

—Yo lo enseñaré —dijo en español con toda claridad.

Brilló una chispita en los ojos castaños de Alicia. Conociendo la parte humorística de su carácter, me dije que sin duda se burlaba.

—Encantada —respondió amablemente—. Pero me temo ser una discípula poco aprovechada.

—Aprenderá—murmuró, conciso, el joven alemán, muy ruborizado.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria. ¿Qué espantoso trueno podría compararse a su voz en pleno enfado?

Le escribo por la noche, madame Prunier. Hemos pasado un día delicioso, pero nos duelen las piernas. Mañana nos espera una cena de gala con espléndido baile, para lo cual deberíamos encontrarnos muy descansadas. ¡Pero yo no rechazo la invitación que la incansable Carlota von Vogelsberg, nos ha hecho para una excursión desde por la mañana temprano! Iremos Carlota y yo, el escritor Steccheti, en el que adivino un gran admirador mío, los mozalbetes ingleses de esta mañana, llamados prosaicamente Smith a pesar de los millones de sus padres— y el perro de San Bernardo. A *Boy* lo dejaré en compañía de la fatigadísima Alicia, a la que el joven Horst —el alemán—piensa enseñar maravillosas demostraciones de patín.

Tengo que escribir a Adela y a los tres niños. Un abrazo a Mariette —que sin duda habrá ya rezado centenares de rosarios para que no me despeñe en los Alpes.

Suyísima, muerta de sueño,

*Rosina'*

## VI

### AQUEL HOMBRE...

El sol acaba de esconderse tras un alto picacho, dejando en la nieve reflejos sangrientos. Serían las cinco de la tarde. Muy cercanas brillaban las luces del Gran Hotel Rose. ¡Gracias a Dios! Pesábanme los esquis como si fuesen de hierro y unas agujetas terribles molestaban mis rodillas.

—Cansadita, ¿verdad? —murmuró dulcemente Gaetano, que caminaba a mi lado—. ¿Por qué no andarán por aquí *Xanto* o *Hodavgo* o cualquiera de los caballos del valiente Héctor?

—Porque estarán ocupados en algo importante —repuse riendo.

Levantando los ojos hacia el cielo color naranja en el que pronto brillarían las estrellas, suspiré:

—¡Qué delicioso día! No le parece desesperante que el cansancio se apodere de uno cuando más ágil desearía encontrarse?

—El espíritu está pronto, pero la carne es flaca —citó el italiano.

—Sobre todo si se ha esquiado durante muchas horas —concluí.

—Apóyese en mi brazo, coja con una mano los bastones y déjese deslizar por este declive. Un instante más y nos hallaremos cómodamente sentados en los divanes del Rose.

Haciendo lo que me indicaba, murmuré: —Me temo no poder bailar esta noche. Tendré que acostarme.

Detrás de nosotros sonó la voz clara y potente de Carlota von Vogelsberg.

—¡Imposible, señorita Rosina! —refutaba—. ¿Acostarse cuando se prepara una magnífica ocasión de mover las piernas?

Deteniéndome en mi camino, dije riendo:

—Precisamente es eso lo que no podré hacer.

Adquirió su boca la forma de una sonrosada O, en tanto que sus ojos me contemplaban algo despreciativos.



—Yo jamás me fatigo —dijo al cabo—. Soy joven y fuerte y adoro toda clase de movimiento.

No me atreví a responderle, aunque lo pensaba, que ella constituía un ser excepcional en demasía. Desde por la mañana dos horas, jugaba al tenis, trepaba a sitios inverosímiles, hacía gimnasia con un profesor sueco del hotel, saltaba con los esquís desde alturas terroríficas, y tan pronto aparecía, dando grandes zancadas, en un sitio como en otro.

—Confieso que no puedo compararme a usted —murmuré en tono humilde, pero contenta en el fondo de que entre nosotras no existiera la menor semejanza.

—¿Y no podría la pequeña mariposa del cabello negro y los ojos verdes hacer un pequeño sacrificio? —me preguntó Gaetano mientras nos encaminábamos al hotel, en cuya puerta charlaban varios grupos de gente.

—¿Cuál?—inquirí.

—Olvidar las molestias del cansancio y asistir al baile. No le respondí. Mientras pasábamos entre todos aquellos suizos, americanos, ingleses y hasta japoneses, me dije que me sentía muy nerviosa, como si algo inesperado fuese a salir a mi encuentro... Tal vez tuviese la culpa el molesto cansancio...

Entramos en el vestíbulo caldeado. Formaba en sus comienzos una especie de amplísimo corredor, que al final se ensanchaba adquiriendo las enormes proporciones de un gran salón.

Con nuestros esquís en la mano, abrimos paso entre el maremágnum de alpinistas, vestidos con trajes de paño o de lana los unos, cubriendo los otros sus cuerpos con ricas chaquetas de pieles, y todos hablando a la vez.

—*Mon Dieu, quel froid!*

—Me caí en pleno Gran San Bernardo...

—*Oh, Schweiz!*

—*Je danserai beaucoup, je pense...*

—*Molto bella Svizzera...*

—*The snow.....*

—*Eriko, Eriko.....*

—*Oh, Reggie! Diversity...*

—*White, come here!*

Los dos muchachos Smith, sacudieron la nieve de sus botas, a tiempo que sujetaban al perro por el collar.

Vi cómodamente sentada en un lado del corredor a mi amiga Alicia, acompañada del señor von Volegsberg y de un grupo de muchachas. De pie ante ella, hallábanse dos hombres, altos ambos, de cabellos grises el uno y cabeza dorada el otro. El primero vestía de etiqueta, mientras el segundo abrigaba su cuerpo esbelto de anchas espaldas, con un traje marrón adornado de menudos cuadritos azules, teniendo en una de sus manos el gorro de lana.

—Siga usted *il mio* consejo linda mariposita —me recomendó Steccheti, cuando nos aproximábamos al grupo de nuestros amigos—. Tome un baño *molto* caliente en el que haya echado antes un buen puñado de... ¿Cómo se llaman esos grandes granos blancos?

—¿Sales?

—Hum... No sé... Lo echan los cocineros en la comida.

¡Ah! dije—riendo—. ¡sal!

—¡Eso mismo!—asintió, retorciéndose el menudo bigote—. Sal; pero de la gruesa... Varios puñados... ¿Lo hará?

—Creo que...

No dije más. Parecióme que las luces del vestíbulo comenzaban a girar en torno mío, en tanto que Alicia, sonrosada y linda como jamás la viera, me decía satisfecha:

—Un día espléndido, querida. Me he divertido mucho y apenas si estoy cansada... Voy a presentarte a estos dos caballeros que formarán esta noche grupo con nosotras, en la mesa de los señores von Vogelsberg.

Y las luces continuaron su danza infernal mientras mi corazón quería saltármese del pecho. Allí estaba "aquel hombre" de los cabellos rubios, el que una malhadada y odiosa tarde que yo tenía olvidada por completo desde que marchara a Suiza, dijo con



voz clara y tranquila: "¿Será de fiar?"

Porque desde luego no podía ser otro. El mismo rostro bronceado, los mismos ojos negros, idéntico el dorado y liso cabello, y la misma figura altísima y esbelta. Era él, el hombre odioso que se me apareció por vez primera en casa de la marquesa de Lezama, con el aspecto de un dios de la Mitología vestido a la moderna y cuya voz escuchara indignada a través de una puerta en el momento en que decía:

"¿Será de fiar?"

De nuevo acudieron a mi mente las desagradables horas que la desaparición de la mariposa me hiciera pasar la semana anterior. ¿Qué pensaría Damonix al enterarse por Adela, en caso de ir a llamarme, de que su ex-maniquí se divertía en Suiza?

El hombre rubio y el caballero maduro de los cabellos grises, habíanse vuelto hacia mí en el instante de llegar nosotros. La indignación, la rabia y el orgullo humillado, me hicieron ruborizar; pero, muy erguida mi alta estatura, respondí con una inclinación de cabeza y una sonrisa a la indicación de mi amiga:

—Son los señores Withers, productor americano de películas, y Esquirel, compatriota nuestro y novelista. Mi amiga, la señorita Nespral.

—Encantada de conocer a ustedes —dije tendiéndoles la mano con languidez.

La de mister Withers era una mano fina, blanca y cuidada, mientras la del novelista, morena y fuerte, hacía contraste. No sé por qué era ésta una de las cosas en que más había de fijarme cuando me presentaban una persona. Y tampoco supe definir el motivo de que al contacto de los dedos del último, un estremecimiento, pronto dominado, recorriese mi brazo vestido de escarlata.

—¡Figúrate, querida Rosina, qué cosa más divertida! —exclamó mi amiga accionando mucho—. Estos señores han venido a Suiza para filmar.

—¿De veras? —pregunté dirigiéndome al americano.

Stecheti, que había saludado a todos con un ademán fascista, interrogó:

—¿Mucho trabajo en Zermatt?

Hemos adelantado bastante, en efecto —asintió mister Withers, satisfecho.

—Llevan aquí varios días, ¿sabes, Rosina? —explicó Alicia—. Marcharon a Zermatt la tarde de nuestra llegada, a tomar escenas del Golne Visp y del Museo.

—¡Ah! ¿sí? murmuré en el mismo tono desmayado.

—Mister Withers —siguió detallándome la complaciente muchacha —va a llevar a la pantalla la novela del señor Esquirel... Porque se trata de Eduardo de Esquirel, ¿sabes? —añadió dirigiendo una sonrisa al joven dios.

Este me contemplaba sin pestañear, muy correcto y tranquilo, aunque en sus ojos brillaba una extraña luz. ¿Me habría reconocido? ¿Estaría dispuesto a contar que la millonaria americana no era otra cosa que una maniquí divirtiéndose con el producto de una joya robada?

—¡Ah! —repetí.

—Sin duda habrás leído *Amor en las Cumbres* —prosiguió mi amiga—. Un libro realísimo. Admirablemente descrito el sabor local... ¡Una joya, querida!

—¡Por favor, señorita! —murmuró Esquirel, descubriendo en una sonrisa el contraste de sus blancos dientes en su rostro moreno—. ¡Me confunde su amabilidad!

—Nada de amabilidad, señor de Esquirel. Justicia simplemente —replicó mi amiga—. Asombra que publicando una sola novela, su autor pueda hacerse famoso, ¿verdad, mister Withers? ¿No está usted conforme conmigo, señor Stechetti?

—Naturalmente.

—Desde luego.

.. Los ojos del novelista, que parecían no poder apartarse de mi rostro —colorado y poco presentable por cierto— hicieronlo al fin para pasarse en una figura que hacía nosotros venía desde el extremo del hall.

(Continuará)



# Vida de la Madre Santa Eufrasia

Devorada de celo y deseando corresponder cuanto antes a la voz de Dios, que con tanta eficacia la llamaba, manifestó su vocación a su familia y pidió permiso a su tutor para entrar en el Monasterio de Nuestra Señora de la Caridad. Esta noticia causó a todos vivo descontento. El señor Marsaud, apoyado por los hermanos de la Santa, le contestó que jamás consentiría en ello. Comunicó su intento a sus maestras y condiscípulas; las primeras juzgaron sus deseos de niñerías y las últimas, creyéndose humilladas por los ideales de perfección de su amiga comenzaron contra ella una terrible persecución. La señora Choblet, que abrigaba la ilusión de fundar una comunidad religiosa con las profesoras y antiguas alumnas, no se conformaba con la idea de que una de sus más brillantes discípulas, la hija de su amiga de la infancia, la dejara para consagrarse a la obra del Refugio, e hizo cuanto estuvo de su parte para hacerla desistir de su propósito, llegando al extremo de escribir a los hermanos de la Santa para afianzarlos en la negativa. Mas no era el suyo un carácter débil que se dejara abatir por la lucha, antes animábase con las contradicciones, y todo fue inútil ante la vocación tan decidida. Quería a toda costa cumplir con lo que sentía ser la voluntad de Dios.

Firme, pues, en su resolución, procuró con ardor la ocasión de presentarse en el Refu-

gio para manifestar a la Superiora su vocación y recibir sus consejos. Mas, ¿cómo hablar de ello a la señora Superiora que continuaba combatiendo sus anhelos? Tomó entonces una resolución digna de su carácter enérgico y decidido.

Una tarde de invierno, lluviosa y fría, salió secretamente del colegio acompañada de una de sus profesoras, probablemente la señorita de Ligñac, que su natural elocuencia había logrado convencer y se dirigió al Refugio.

Dominando la viva emoción que sentía, expuso sus deseos y la oposición de su familia a la Madre María de San José Le Roux, Superiora del convento, quien conmovida por el paso que daba aquella niña y reconociendo en su vocación la mano de Dios, prometió admitirla en cuanto desaparecieran las dificultades que la retenían en el mundo. Rebosando satisfacción, regresó al colegio donde le esperaba un triste recibimiento. Al llegar la hora de la cena se había notado en el refectorio su falta al ver que su sitio estaba vacío. ¿Dónde se había metido? ¿Estaría enferma? ¿Le habría sucedido alguna desgracia? Todo esto se preguntaba la atribulada Directora. Por fin llegó a la conclusión de que la niña había salido, sospechando en seguida el motivo que a ello le había inducido. Mientras tanto las culpables se presentaron. La profesora halló medio de disimular que la había acompañado y la Santa tuvo que soportar sola el disgusto de la señora Choblet, que después de reprenderla ásperamente, la castigó sin cenar, dejándola a pan y agua.

Transida de frío y vencida por la emoción, Rosa Virginia se echó a llorar. Al ver sus lágrimas, sus compañeras, llenas de compasión, la colmaron de atenciones, implorando su perdón, porque decían, es una mártir que sufre por su vocación. En su interior, no obstante, la jovencita estaba completamente tranquila: sabía que no había

**ALMACEN ROMULO ARTAVIA**

**DEPOSITO DE ABARROTES  
Y ARTICULOS DE PRIMERA  
CLASE**

**Precios sin competencia**

**Teléfono 3058**

**Apartado 653**



hecho más que obedecer a una inspiración divina. Si la directora movida por la responsabilidad que sobre ella pesaba puede ser justificada en el rigor de la pena impuesta, nadie se atreverá a reprobar el acto de una joven que obra movida únicamente por un fin legítimo y santo. Estas hazañas no son raras en los Santos y nos recuerdan el ejemplo de Jesucristo que, al ser hallado en el Templo por María y José, justificaba su pérdida y el disgusto ocasionado, con estas palabras: "¿No sabíais que había de ocuparme de las cosas de mi padre?"

Las religiosas del Refugio oraban entretanto con fervor pidiendo al Señor el término de las pruebas de la joven pretendiente. Una de ellas le escribió diciéndole que la Santísima Virgen le había manifestado durante la oración tenía que ingresar a la Orden de Nuestra Señora de la Caridad si no quería desatender el llamamiento divino. Esta carta impresionó profundamente a la joven pensionista. Ella, que más tarde había de dar a todas sus hijas el nombre de María, sentía para con la celestial Reina ternura de amantísima hija.

## En un trance difícil

Por María ALVAREZ RIOS.

En algún momento de nuestras vidas todos hemos sufrido angustias, desesperación o desaliento. Entonces el tiempo parece detenerse y los minutos se nos antojan siglos.

Ayer una señora me dió su receta para hacer menos amargos esos trances difíciles y me refirió algunos episodios de su vida.

Estábamos en un salón de belleza, pero por instantes su voz se hacía tan intensa, su relato era tan emocionante que ante mis ojos parecía borrarse su uniforme blanco y azul, toda aquella escena acostumbra y tranquila y yo veía cuanto me relataba, sintiendo que un raro escalofrío erizaba mi piel.

Ha vivido mucho esta joven señora y su filosofía es el gran tesoro que lleva consigo y le ha permitido tener resignación y ánimo para sobrellevar las penas grandes.

Ella estaba en La Panchita cuando aquel ciclón terrible azotó la costa norte de Las Villas, Cuba. Dice que jamás en su vida olvidará la fecha: setiembre 3 de 1936.

"¿Tú nunca has visto llorar a un hombre? ¿Tú sabes lo que eso impresiona? — me preguntó—. Bueno, pues, hijita, imagínate lo que será ver seis hombres llorando como niños, blancos como la cera, tratando de sostener con toda la fuerza de sus cuer-

pos las paredes de la casa que amenazan derribarse de un momento a otro.

Afuera el viento silbaba de un modo horrible... así... no sabría explicarte... Parecía como si fueran mil mujeres dando gritos de horror... y adentro de la casa habíamos diecinueve personas, sumidas en la más horrible desesperación, esperando horas y horas a la muerte.

Nos despedimos no sé cuántas veces esperando el desenlace. Los nueve niños que estaban sobrecogidos de espanto se apretaban contra los mayores suplicando protección.

Mis tres niños se quejaban mucho.

—; Tengo frío! ; Mamá, tengo frío!... ; Mucho frío! y así una y otra vez hasta que yo creía volverme loca.

El viento fuerte se había llevado todas las tejas y unos finos chorros de agua helada mezclada con fango caían sobre nosotros. Yo era la que estaba más ecuanime y me ocupaba de tranquilizar a los niños de los demás.

Pensaba: ; si cae una viga puede matarlos! Y los protegía debajo de una cama. En seguida creía que allí corrían más peligro y volvía a sacarlos uno por uno.

De vez en cuando les quitaba las ropitas empapadas, las exprimía y se las volvía a



poner. Había dos niños que tenían bronquitis. El agua seguía mojándolos y estaban los pobrecitos calados hasta los huesos.

Yo no me quedaba quieta un sólo instante corriendo de un lado para otro y rezando, rezando. Algunas mujeres estaban tan aturdidas que no podían ni pensar y me rogaban gimiendo:

—Carmen, ruega por mí... Reza por mí, Carmen.

Cada vez que se oía un estruendo grande —señal segura de que se había derrumbado una casa más— mi esposo salía a buscar tablas con qué asegurar las paredes de la que nosotros ocupábamos y cuando él salía el corazón se me apretaba en el pecho.

—¡No volverá! —me decía a mí misma.— ¡No volverá! Las planchas de zinc y las tablas andan volando por el aire y me lo van a matar.

Pero Dios velaba por él y regresaba sano y salvo.

Viendo que ya la casa no resistiría más, salimos de allí apretados unos contra otros. Llevando a mi niño en los brazos me caí en un hoyo profundo lleno de agua fangosa. Alguien cogió a mi criatura para que yo pudiera levantarme. Al hacerlo me apoyé en la tierra que estaba un poco más firme y mis dedos tropezaron con un objeto muy pequeño, redondo y liso como una moneda.

¡Era una medalla de la Virgen del Carmen, mi patrona!

Me pareció ver en ese milagroso hallazgo como el anuncio de que Dios no nos abandonaría. Me sentí más animosa. No solté la medalla un sólo momento.

Lo que vino después fué terrible.

Todos nosotros, hombres, mujeres y niños, nos metimos en un vagón de ferrocarril.

Yo, como casi todos los demás, había perdido mis zapatos y la cal que se había derramado en el suelo del vagón me quemaba las plantas de los pies como fuego vivo.

Además de los sacos de cal, había allí también un cargamento de papas y de azú-

car turbinada. No nos costó mucho trabajo saberlo en la oscuridad y con eso calmamos un poco el hambre, que ya nos estaba haciendo desfallecer. Conservábamos como un tesoro los pocos fósforos que habíamos podido secar y con ellos hicimos un poco de candela para calentarnos y para cocer con agua solamente algunas papas.

Entre los desplomes, hubo uno que vino a salvar la vida de nuestros hijos: fué el de la tienda. Mi esposo trajo leche condensada y todos los niños se alimentaron lo mejor que se pudo.

Yo no había derramado una sola lágrima.

Sentía un cansancio letal en todos los músculos de mi cuerpo. No lo confesé a nadie y fingía una resistencia física que estaba muy lejos de poseer, para no rendirme.

No pude soportar más aquella tensión nerviosa cuando vi aparecer a mi hermano a caballo, con las ropas hechas andrajos, el caballo en desorden, chorreando agua enlodada de pies a cabeza. No se parecía a él. Era la viva estampa de la desesperación y la tragedia.

Había venido desde la finca, sólo, en un viaje de ocho horas, atravesando los siete ríos que hay en el camino.

Tuve el presentimiento de que mi madre había muerto. Entonces sí lloré y grité como una niña que se viera abandonada de la Providencia.

Mi hermano abrazándome me aseguró repetidas veces que no tenía razón para pensar

## Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería,  
donde encontrará usted: Relojes de las  
mejores marcas, joyería finísima y ar-  
tística.

Preciosos regalos para bodas



tal cosa. Mi madre estaba sana y salva, preocupándose mucho por nosotros y lo había mandado a él de emisario para saber si habíamos salido con vida del desastre. Tuve que escribir una nota, en unos papeles húmedos en los que resbalaba sin apenas dejar huella la mina del lapicito que mi hermano me proporcionó.

Luego lo vi partir, tal como vino: solo, decidido y audaz, corriendo como una exhalación entre los escombros, en aquel pobre caballo que ya estaba a punto de encalmarse.

Después de aquel llanto que me hizo tanto bien, recobré mi presencia de ánimo y no volví a perderla.

Recibimos auxilio. Salimos de aquel infierno de cielo negro y agua. Entonces vino la tormenta de la readaptación en un pueblo extraño.

Lo habíamos perdido todo: casa, muebles, ropa... todo. Es decir, todo no. Yo conservé algún dinero. Era una cantidad considerable que habíamos ido ahorrando. Tenía todos los billetes cosidos dentro de cierto cojín y no sé cómo pude acordarme de buscarlo en aquel momento de turbación.

Con ese dinero empecé en seguida a establecer nuestro negocio de peluquería. Me hospedé en casa de mi buena hermana que me recibió con los brazos abiertos. No cogí cama ni un sólo día. Mi esposo y mis hijos, en

cambio, con una gripa terrible, hubieron de estar reclusos por un tiempo.

Tuve que vendarme los pies, los tenía destrozados. Sin vendármelos no hubiera podido dar un paso en todo el día y era tanta mi necesidad de estabilizar todos nuestros asuntos que no podía ni siquiera pensar en abandonar mis gestiones.

En estos momentos dolorosos y difíciles mi filosofía fué una maravillosa compañera que me sostuvo con fuerzas para seguir.

—Esto es sólo un paréntesis —me decía a mí misma— un paréntesis triste en nuestras vidas. Después vendrá algo mejor, infinitamente mejor. Seremos felices de nuevo y mientras más animosa yo me conserve, más se acercará ese glorioso día.

Soy católica. Mi firme fe en Dios, junta con mi propósito de no dejarme abatir por las penalidades, me mantuvieron a flote en aquella experiencia terrible.

Esa ecuanimidad será siempre mi aliada y la medalla de la Virgen del Carmen que me hallé en aquella ocasión inolvidable, representa mi creencia religiosa. Siempre la llevo conmigo y espero conservarla mientras viva".

(Dedicado respetuosamente a la señora Carmen Gallardo de Navarro, que me refirió este episodio de su vida.—*M<sup>a</sup> Alvarez Ríos*).

## Indigestión y vómitos de los niños

*Dr. Jas. W. Barton, Toronto, Canadá*

Sucede algunas que una madre no comprende por qué uno de sus niños está tan desganado, sufre dolor de cabeza y de vez en cuando vomita lo que come. Es probable que tenga acidosis. Como ocurre en ciclos o sea en orden determinado, llamamos a estos ataques de indigestión y vómito "ataques cíclicos". Se supone que sea uno o más alimentos los que causan ese desorden digestivo y los ensayos que se han hecho

en la piel con ciertos alimentos han resultado infructuosos.

Según lo publicado en el "British Medical Journal" por el doctor K. Tallerman, esos ataques cíclicos tienen alguna relación con la migraine o jaqueca (dolor que da de un solo lado de la cabeza) que ataca a los adultos y por tanto aconseja que se coman en menores proporciones la mantequilla, nata, carne grasosa, yemas de huevo, etc.



Sin embargo, la generalidad médica no conviene en que esos ataques de indigestión y vómito siempre provengan de la acidosis, sino más bien de la evacuación tarda del intestino grueso y consiguientemente estreñimiento. Cuando las heces o residuos permanecen en el estómago demasiado tiempo, la sangre absorbe los tóxicos que producen aquéllos y cuando llega donde el hígado con su sobrecarga de basura y venenos, este órgano hace lo posible para filtrarla, pero no la depura muy bien y entonces lo que resulta es una mala digestión o vómito. La madre del niño notará que las heces son de un amarillo pálido en lugar de tener un color moreno, lo que indica que fluye insuficiente bilis desde el hígado.

Ahora se sabe que un hígado con una buena reserva de glicógeno se atosiga con

menor facilidad que uno a que le falta azúcar, razón por la cual se considera que es bueno dar a los niños glucosa. (Glicógeno es un hidrocarburo blanco, harinoso, amorfo o sin forma bien determinada que contienen los tejidos animales como, por ejemplo, el hígado, y que se transforma en azúcar o glucosa).

Los especialistas en el estudio de la digestión creen que pequeñas cantidades de grasas crudas, tales como la natilla en la leche y la mantquilla, se pueden dar a los niños a quienes se les indigestan los alimentos, pero no las grasas con que se asan y frien las carnes y alimentos.

Son informes que pueden ser útiles a las madres, cuyos niños padecen ataques periódicos de indigestión.

## Recetas de Cocina

*A cargo de Digna C. DE SOLARI.*

### Pollo en salsa morena

La víspera se limpia el pollo y se deja condimentado con sal, pimienta y ajos. Al día siguiente se descuartiza y se fríe en manteca junto con una cebolla y un chile dulce picados, una hoja de laurel, una ramita de orégano y tres clavos de olor; cuando está dorado se le pone un cucharón de agua hirviendo y medio vaso de vino tinto, se tapa y se deja cocinar a fuego lento hasta que esté suave; entonces se le quita el orégano y el laurel y se le agrega una cucharadita de mantquilla mezclada con una cucharadita de harina, se prueba para saber si está bueno de sal y se deja hervir un rato más.

### Piononos

En una fuente honda se baten 75 gramos de azúcar molido con 4 yemas de huevo durante 10 minutos se baten 3 claras de huevo a punto de nieve y aparte se derriten 50 gramos de mantquilla y se deja enfriar; se pesan 75 gramos de harina y se pasan por

el cernidor. En el batido se echa un poquito de harina y se mezcla despacio; en seguida se echa un poco de clara batida y se mezcla despacio y se continúa así hasta emplear los 2 ingredientes; por último se agrega la mantquilla y se mezcla despacio. Esta pasta se pone en una cazoleja forrada con un papel engrasado y se pone a asar con calor regular. Cuando está asada se saca del horno y se vuelca en una servilleta mojada y bien torcida; por encima se le pone crema de leche, huevos y harina, se arrolla con mucho cuidado y se deja enfriar; luego se baña con jalea de albaricoques colada y se espolvorea con almendras tostadas y picadas.

Cuando el cabello es excesivamente seco, la brillantina es indispensable para dar brillo y docilidad al peinado.

—Las pecas se combaten aplicando un tratamiento a base de cebolla machacada con vinagre aromático.



# *Si Usted está Joven*

Puede obtener una Póliza de Seguro de Vida

**CON MUY POCO GASTO**

Y Ud. mismo podrá recibir los beneficios en la edad

**MAS CONVENIENTE**

Pídanos informes de su caso particular

**SIN COMPROMISO**

*Banco Nacional de Seguros*

## Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

**SECCION DE AHORROS**

LE OFRECE EL

**Banco de Costa Rica**





# Se inaugura la Academia de Historia Francis- cana en América



# Revista Costarricense

IMP. BORRASE



WASHINGTON.—La Academia de Historia de la Orden Franciscana en América, recientemente inaugurada en esta capital, será de la mayor utilidad para estimular y coordinar la investigación y publicación del inestimable legado histórico del Hemisferio Occidental, compilado por la Orden Menor de Franciscanos durante más de 400 años de servicio en el Nuevo Mundo.

Distinguidos prelados y ciudadanos prominentes de las otras repúblicas americanas, de los Estados Unidos y del Canadá, asistieron a las ceremonias de inauguración, que tuvieron lugar en el Monasterio Franciscano de Washington. Concurrieron al acto, a invitación de los Padres Franciscanos, distinguidos representantes del cuerpo diplomático de las repúblicas latinoamericanas, eruditos, escritores, periodistas e historiadores.

### Sus fines

La Academia de Historia, cuya fundación se debe al Reverendísimo Matías Faust, O. F. M., Delegado General para Norte y Centro América, tiene el fin primordial de hacer verdaderamente accesibles a los historiadores, escritores y al público en general, los documentos pertenecientes a los Franciscanos que, partiendo de México, fueron a propagar sus doctrinas religiosas en California y los países de la América del Sur. A fin de realizar este programa, la nueva academia se propone:

1. Compilar, editar y publicar documentos.
2. Publicar nuevos trabajos históricos.
3. Inaugurar una biblioteca de material de referencia microfotografiado.
4. Preparar un índice biográfico completo, de los Franciscanos en América.

### Otros detalles

En el sermón pronunciado en la Misa celebrada en las ceremonias de inauguración el obispo O'Hara declaró "que la Academia disputará la opinión de gran número de historiadores distinguidos de las últimas décadas, y aún pudiera decirse durante el siglo venidero; y que la realización de cualquiera de las fases del plan de acción a seguir, habrá de ser de incalculable beneficio para los eruditos de las Américas."

Se proyecta al mismo tiempo, publicar una revista trimestral bajo el título de "Las Américas," dedicada a la historia, a la cultura y a la valiosa aportación de la Iglesia a la civilización del Hemisferio Occidental.

Entre los miembros honorarios de la nueva academia se cuentan los siguientes: Reverendísimo Michael J. Curley, Arzobispo de Baltimore y de Washington; Reverendísimo John Mark Gannon, Obispo de Erie, Pennsylvania; Reverendísimo Edwin V. O'Hara, Obispo de la Ciudad de Kansas, Missouri, y



Ilustrísimo Señor Michael J. Curley

fundador del Instituto Inter-Americano de aquella ciudad; el Reverendísimo Thomas E. Molloy, Obispo de Brooklyn, Nueva York; y el Dr. Howard Munford Jones, decano de la Facultad de estudios postgraduados de la Universidad de Harvard, en Boston, Massachusetts.

### Entre los miembros

Entre los miembros correspondientes se cuentan los siguientes: Dr. Eduardo Enrique Ríos, profesor de Historia de la Universidad de México; Dr. France V. Scholes, de la Sección de Investigaciones Históricas de la Institución Carnegie, de Washington, D. C.; Dr. Carlos Castañeda, profesor de Historia de la Universidad de Texas, en Austin, Texas; Dr. John Tate Lanning, profesor de Historia de la Universidad de Duke, en Durham, Carolina del Norte; Dr. J. Manuel Espinoza, profesor de Historia de la Universidad de Loyola, en Chicago, Illinois; el Reverendo Lozaro La Madrid, O. F. M., de Guatemala; el Reverendo Dr. David Rubio, O. S. A., director del Departamento de Lenguas Romances, de la Universidad Católica de América, en Washington; y la señorita Irene A. Wright, funcionario de la Secretaría de Estado y especializada en estudios sobre la región del Caribe.

El Reverendo Doctor Roderick Wheeler, O. F. M., director de la Academia, ha manifestado que 15 historiadores franciscanos procedentes de las ocho provincias de la orden, en Norte y Centro América, prestarán servicios en el Colegio del Sagrado Nombre, en Washington, que será la sede de la nueva organización. Dichos historiadores trabajarán en colaboración con los miembros honorarios y correspondientes de las otras repúblicas y de varias partes de los Estados Unidos.